

Elegía para Unos Ficus Asesinados

por Sebastián Salazar Bondy

Hacia muchos años que estaban ahí, tantos que no hay vivo ya nadie que los conociera pequeños. Su nobleza la daban sus perfiles secos, sus fuertes ramas, sus copiosas hojas. Eran sobrevivientes majestuosos de un pasado íntimo. A su sombra transcurrieron muchos diálogos de amor, muchas amistades, muchas vidas, y ellos supieron ser discretos y amables, generosos e indulgentes, como ancianos cargados de experiencia a quienes nada sorprendería ya. Pasaron penurias y sed, y continuaron existiendo, hechos una sola unidad con la calle, con la gentes, con la ciudad. Eran como el símbolo del tiempo, pues todo podía cambiar a su alrededor sin que, gracias a su peculiaridad, el trozo de la ciudad en que estaban perdiera su carácter. Bastaba trazar sobre un papel la solidez de su tronco, la gracia de sus ramas y la densidad de su copa, para evocar de inmediato, no sólo el rincón que les pertenecía, sino su atmósfera, su encanto, su historia. Toda alegoría de Miraflores los tenía que contar para ser verdaderamente significativa.

Parecían eternos. El hacha cayó despiadada sobre otros árboles para arrancarlos, los urbanistas trazaron nuevas vías por zonas en las que se hallaban sus congéneres, las autoridades municipales condenaron a muerte a muchos vecinos suyos, pero ellos permanecieron. Su actitud era tan altiva que intimidaba a los Alcaldes y a sus agentes, y el arma destructora se detenía en el lindero mismo de sus predios. Se apeló al tránsito, a la modernización, al progreso, inclusive a la necesidad de impedir que las aceñas y las pistas no fueran melladas por la fuerza sedienta de sus raíces, y aunque no faltó eco para estos alegatos, la mano mortal se atrevió a asestar sobre ellos su golpe terrible. Sabíamos que

la парка los rondaba, que había quienes alentaban en su intimidad el odio cervical que un día cualquiera reduciría a leña a esos silenciosos y graves amigos.

La hora cero llegó para los viejos árboles. Ahora, sin que-



ja alguna, sucumben, y con ellos sucumbe toda la alegría de una avenida que era hermosa por ellos, que era tradicional por ellos, que era miraflores por ellos. Han aceptado el sacrificio y nadie ha dicho una palabra en su defensa. Los hombres son olvidadizos e ingratos: nadie ha protestado esta vez, quizá porque nadie siente esta muerte o quizá porque todas las reclamaciones de otras oportunidades han sido inútiles. Los oídos municipales son sordos a estos clamores por la vida vegetal que, a la postre, es parte de la vida humana. Ya deben haber muerto para siempre y la calle lampiña será en su desolación el rostro cabal de la insensibilidad de quienes dispusieron esta destrucción. Insensibilidad es la palabra, puesto que quien prefiere la línea recta, el cemento artificioso, la aridez del

desierto urbano, es que antepone la pura función a la belleza, como quien dice, la utilidad al arte. Como al bárbaro, hay quien le gusta que por donde pasa no vuelva a crecer la vegetación.

Hacia muchos años que estaban ahí. Los años se habían encarnado en ellos. Al echarlos por tierra han echado por tierra una época. Sería preciso exigir a los que realizaron ese acto que se pusiera una placa conmemorativa, registrados en bronce los nombres de los responsables, para que en el futuro se supiera sin lugar a dudas quiénes odiaron tanto a la naturaleza y quiénes, por ese odio, se la arrebataron a los demás. Ello sería un testimonio de su valentía, de su amor al progreso que no se aparta de nada, de su correlativa carencia de consideración a lo que representa una herencia que se está obligado a proteger, cuidar y legar al porvenir. Alamedas, parques, jardines, avenidas, arboladas, todo esto es también patrimonio público, y destruirlo es abusar de la autoridad. Una orden ha puesto fin a lo que ni el tiempo, ni la sed, ni las catástrofes, habían podido matar.

Parecían eternos, pero no lo eran. A su sombra pasaron varias generaciones. Niños y mayores los vieron permanecer, dar su frescor, su verdura, su silueta, su noble presencia, sin pedir en cambio nada, porque ni siquiera agua en abundancia tuvieron nunca. Fueron el símbolo de Miraflores y fueron también el vínculo que cada época tuvo con la precedente, eslabones invariables en la variación de la historia. No existen ya, y sólo cabe dedicarles una elegía. Tal vez ella conmueva a sus triunfantes enemigos.